No es posible, con retruécanos cómo los de la décima anterior, expresar el sentimiento religioso, el que requiere más espontaneidad, el que tiene por tipo las sagradas escrituras, cuyo carácter es una sencillez magestuosa.

Estaba la dolorosa
Madre, mirando paciente,
Á su hijo en la cruz pendiente,
Al pié de la cruz llorosa;
A cuya alma generosa,
Dolorida y contristada,
Atravesó dura espada;
¡O que triste y afligida
Estaba la engrandecida
Del Unigénito amada!

La décima anterior se acerca algo más al gusto de la poesía religiosa, expresa mejor el amor divino, el amor purificado y enteramente espiritual convertido en amargura de aquella mujer á quien se aplican estas palabras de Isaías: "Oh vosotros cuantos pasais por este camino, atended y considerad si hay dolor como el dolor mio."

CAPÍTULO VIII.

Biografía de D. José Manuel Sartorio.—Obras que escribió.—Exámen de sus poesías.

Si la virtud, la ciencia y el patriotismo son motivos suficientes para obtener el aprecio y el respeto de nuestros conciudadanos, pocos hombres lo merecerán tanto cómo el presbítero D. José Manuel Sartorio, cuya biografía vamos á escribir en pocas palabras.

Nació en México á 17 de Abril de 1746, siendo sus padres D. Jorge José Sartorio, italiano, y Dª Josefa Cano, mexicana, personas virtuosas y de familia decente, aunque de muy escasa fortuna.

D. Jorge dió personalmente lecciones de leer á su hijo, y despues le entregó al profesor de latin D. Ildefonso Falcon, quien quedó tan prendado del raro y pronto aprovechamiento del niño, que renunció los honorarios que le correspondían, dándose por retribuído con tener un discípulo tan aventajado.

Entró este despues al colegio de San Ildefonso, el cual estaba á cargo de los padres jesuitas, y allí terminó el curso de artes con tal perfeccion, que el padre Rodriguez decía: "explica la cátedra mejor que sus maestros."

Con semejantes resultados y recomendaciones, adquirió Sartorio una fama extraordinaria, que fué confirmada por el siguiente suceso. Llamaban en el colegio *leccion de refectorio* á un ejercicio literario considerado cómo ensayo de los estudiantes, y tocándole una vez al jóven José Manuel, manifestaron los concurrentes el deseo de ver algo extraordinario. Nuestro estudiante llevaba su composicion en prosa; pero deseoso de satisfacer á los espectadores, y despues de una corta meditacion, recitó varios dísticos latinos, tan buenos, que segun algunos eclesiásticos ilustrados, presentes al acto, ellos no los hubieran compuesto sino despues de largas y profundas meditaciones.

El mérito de Sartorio fué premiado por los padres jesuitas dándole una beca de gracia en el referido colegio de San Ildefonso; pero tuvo la mala suerte de no disfrutar aquel beneficio más de cuatro años, á consecuencia de la expulsion de la Compañía, de manera que en lo sucesivo se vió obligado á estudiar sin maestro, pues su pobreza no le permitió volver al colegio.

Más adelante, y ya en edad de tomar estado, abrazó el eclesiástico, comprobando durante su vida lo acertado de su vocacion, pues fué modelo del sacerdote evangélico: de costumbres honestas y recogidas, de trato suave y afable, piadoso sin límites, caritativo con ardor, infatigable en el confesionario y en la

púlpito, consolando al encarcelado, instruyendo al ignorante y socorriendo al desvalido. La humildad de nuestro D. Manuel era tan extremada, que no quiso nunca usar reloj porque le parecía una alhaja de lujo, y su modestia llegó al extremo de no admitir el grado de doctor. Habiéndosele facilitado dinero para tomar la borla, le invirtió en libros, que no tuvo de puro adorno, sino para estudiarlos profundamente.

En efecto, Sartorio fué hombre de instruccion rara para su época, principalmente en lenguas vivas, que entónces se estudiaban poco en México; y los contemporáneos confesaron siempre su buen talento, viva penetracion y gran memoria.

Sin embargo de todos esos méritos, no ascendió en la carrera eclesiástica, y jamás pasó de simple presbítero. Se aprovechaban sus conocimientos cómo censor, se le consultaban casos de conciencia y negocios graves; pero todos los empleos que obtuvo fueron secundarios. El primer cargo que desempeñó fué el de rector de infantes en la catedral; despues se le nombró sucesivamente catedrático de historia y disciplina eclesiástica en el colegio de Tepozotlan, capellan del convento del Espíritu Santo, prefecto espiritual de cárceles, y para otros cargos por el estilo, siendo el destino mas importante que ocupó (durante el gobierno colonial) el de prosecretario del cabildo metropolitano.

En cuanto á honores literarios, sabemos que fué presidente de la Academia de ciencias morales denominada San Joaquin, así cómo de la de humanidades y bellas letras de San Ildefonso.

Fácilmente se comprenderá por qué no ascendió Sartorio en la carrera eclesiástica, si se reflexiona que era mexicano y afecto á los jesuitas: es sabido que en tiempo del gobiorno colonial los españoles americanos (cómo se llamaban entónces) estaban generalmente excluídos de los principales puestos, y que el odio á los jesuitas era tal, que el Arzobispo mismo puso dificultades en ordenar á Sartorio porque seguía las doctrinas del famoso Suarez.

Nada, sin embargo, debe haberle molestado la falta de dignidades, si atendemos á que era la personificacion de la humildad

y de la modestia, y cuando, por otra parte, se hallaba retribuído de una manera más valiosa para un corazon verdaderamente grande: en lugar de cargos molestos y de honores vulgares, Sartorio obtuvo el amor y el respeto de todos, desde las personas de clase más elevada hasta las más pobres.

En la guerra de independencia fué Sartorio el consuelo de los mexicanos, al mismo tiempo que contribuía poderosamente, en su esfera, á la emancipacion del país, arrostrando el odio de los gobernantes españoles y de sus partidarios, con gran serenidad y valor. Sabemos, en efecto, que el Virey ordenó á todos los predicadores combatiesen la rebelion; pero Sartorio se negó completamente, y más adelante resistió de la misma manera el bando de 25 de Junio, 1813, en que Venegas sujetó á la jurisdiccion militar á los eclesiásticos que tomasen parte en la guerra.

Al mismo tiempo que Sartorio daba esas pruebas de firmeza, usaba de prudencia y sabiduría para calmar los ánimos: á él se debió haber aquietado las conciencias, desvanecido escrúpulos de las personas demasiado timoratas, y restablecido la concordia en las familias, haciendo ver que no era crímen la resistencia al gobierno español, y que no debían considerarse cómo rebeldes á Dios ni al Rey los defensores de la independencia.

Sartorio, cómo verdadero liberal, es decir, enemigo de la tiranía y tambien del desórden, recibió con aplauso la reforma del año 12. "Mi patria es mi adoracion," decía frecuentemente, y fué tanto lo que trabajó por ella, que á su muerte mereció se pusiesen en su catafalco las siguientes palabras:

Sacro Hidalgo, tú, en la obra héroe notorio!...
Y en la palabra tú, sacro Sartorio.

Era muy natural que el patriotismo del digno eclesiástico le ocasionase muchos disgustos: efectivamente, el Virey de México excitó al Arzobispo para que corrigiese á aquel clérigo *rebelde*, y el fiscal de la Inquisicion procuró instigar contra él al terrible tribunal; y hubiera sido reducido á prision á no intervenir en favor suyo la Condesa de Regla. Sin embargo, no le fué posible

libertarse de las injurias de algunos particulares: cierto dia unos españoles de bajo linaje le insultaron públicamente, y otra vez un español rico le despidió de su casa.

No por esto se crea que Sartorio perdió el aprecio general; por el contrario, aumentó entre sus conciudadanos de tal manera, que en las elecciones populares de ayuntamiento, verificadas á consecuencia de la constitucion española, fué nombrado elector por la parroquia de San Miguel, y el pueblo entusiasmado se apoderó de un coche en que iba, para conducirle.

Consumada la independencia, fué nombrado vocal de la soberana junta gubernativa, y cómo tal firmó la acta de nuestra emancipacion política, habiendo tenido la honra de predicar en la funcion de gracias que se celebró en la catedral de México, al dia siguiente de la entrada del ejército libertador.

Cómo miembro de la junta gubernativa, trabajó mucho Sartorio en la restauracion de la Compañía de Jesus; pero no consiguió nada absolutamente, y sea cual fuere la opinion que se tenga acerca de los jesuitas, es de alabar en Sartorio la gratitud que le guiaba al tratar de favorecer á sus antiguos maestros y bienhechores.

Fueron muy notables la amistad y las relaciones que unieron á Sartorio con Iturbide, y él fué quien, á nombre del clero, le felicitó por su exaltacion al trono, recibiendo más adelante del Emperador mismo la cruz de Guadalupe; y la consideró tan honorífica, que no obstante su modestia, la llevó con agrado hasta el fin de sus dias.

La amistad de Sartorio con Iturbide, ocasionó á aquel tantos ó mayores disgustos que los tenidos con el gobierno español, y se halló á pique de ser envuelto en la proscripcion á que fueron condenados los amigos del libertador de México; pero su mucha respetabilidad le salvó por segunda vez.

Los últimos años de Sartorio fueron amargados por los trastornos políticos de su patria, que no podía ver con indiferencia. Murió á la edad de 82 años, tan pobre cómo había vivido; pero se le hicieron notables exequias por la Archicofradía que fundó

Cortés con el nombre del Señor de la Misericordia, asistiendo las personas más notables, y pronunciando la oracion fúnebre el Dr. Tórres Guzman. Fué enterrado en Nuestra Señora de los Ángeles, y se puso sobre su sepulcro el siguiente epitafio que él mismo había escrito.

"Conditus hac vili, jacet en, Sartorius urna,
Is fuit orator, nunc tacet: hospes abi."

La traduccion libre, hecha tambien por Sartorio, es la siguiente:

Oculto bajo de esta
Losa triste y funesta,
Yace el pobre Sartorio.
Fué orador, aplaudióle su auditorio;
Mas nunca ha predicado—
Mejor que ahora callado—
La muerte; en fin, su asunto fué postrero.
Oye el sermon, y vete, pasajero.

Las obras de Sartorio, segun las noticias que tenemos, son las siguientes:

Tres sermones impresos.

Veinte tomos de sermones, manuscritos.

Varios novenarios, septenarios, triduos y jaculatorias, meditaciones y otras obras de devocion, impresas unas y manuscritas otras.

Carta edificante de la vida de la M. R. M. Josefa de San Ignacio, abadesa del convento de Regina de México, impresa en esta ciudad, 1810.

Respuesta á las observaciones de Bossuet sobre la Mística Ciudad de Dios de la Madre Agreda, MS.

Vida del Papa Pio VI y compendio histórico de su viaje y cautiverio, traduccion del francés, MS.

Rosoluciones morales, un tomo en 4º, MS.

Cartas críticas é instrucciones, un tomo en 4º, MS.

Censuras de comedias y otras obras, un tomo en 4º, MS.

Poesías sagradas y profanas, siete volúmenes en 8º, impresos: segun el prólogo de la coleccion, en ella están incluídas todas las poesías de Sartorio.

Esta noticia bibliográfica basta para comprobar la fecundidad de nuestro autor y la extension de sus conocimientos: habiéndose tratado una vez de imprimir todas las obras referidas se calculó el costo de la impresion nada ménos que en diez y ocho mil pesos.

Nosotros no hemos podido ver más que los siete volúmenes de poesías, lo que no se extrañará si se atiende á que todo lo manuscrito de Sartorio se ha extraviado, y á la dificultad que se presenta en México para encontrar libros relativos al país, segun lo hemos manifestado en la Introduccion; de manera que nos vemos obligados á limitar nuestro exámen á las composiciones poéticas.

Empero, cómo el principal título del autor que nos ocupa á la celebridad que goza, es el de orador, diremos algo sobre sus discursos, aunque sea refiriéndonos á las noticias de los biógrafos y bibliógrafos.

Desde luego debemos observar que los contemporáneos de Sartorio le aplicaron el anagrama *is orator*, como dote predominante de su ingenio, y que circulaba en su época el siguiente epigrama para caracterizar á los oradores de entónces: "Sancha divierte, Sartorio convierte, Uribe presume, y Dímas confunde."

Sartorio mismo en su epitafio, que hemos copiado, se calificó de orador y no de poeta, prueba inequívoca de que sus esfuerzos los dirigía mas á la oratoria que á otra materia.

Beristain, en la obra mencionada anteriormente, dice: "Sartorio que por sus talentos, doctrina y exquisita erudicion sagrada y profana, habría brillado en las cátedras de la Universidad y en otros teatros literarios si su virtud, modestia y recogimiento no le hubieran retraído del bullicio del siglo; no ha podido con todo ocultar sus luces en el infatigable ejercicio de la predicacion de la palabra de Dios, en que por espacio de cuarenta y dos años se ha ocupado; ni en una ú otra ocasion oportuna, en que su celo y patriotismo han acreditado su buen gusto en la literatura. Sin los exteriores adornos de la borla y otros pomposos títulos, ha merecido el concepto público de ser uno de los principales oradores de estos últimos tiempos."

Otras personas han llamado á Sartorio un Bossuet ó un Massillon: no creemos que esto deba tomarse al pié de la letra porque ni áun en la literatura española, madre de la mexicana, se encuentran oradores cómo los franceses. La España se gloría de muy buenos escritores sagrados, como Ávila, Granada y otros; pero esos escritores, entregados al cuidado de su ministerio, no trataron de dar á luz modelos de literatura, sino de difundir la buena doctrina; así es que los rasgos de su elocuencia eran hijos de la inspiracion y no del estudio. Por el contrario, Bossuet, Massillon y otros oradores extranjeros estudiaban sus discursos, los meditaban y los limaban cuanto les era posible, siguiendo el consejo de Demóstenes, cuyas oraciones "olían á aceite."

Poniendo, pues, las cosas en su verdadero punto de vista, atendiendo á la fama general de buen predicador que tuvo Sartorio, á la seguridad que él mismo manifestaba de conocimientos en oratoria, y sobre todo á que sus sermones influían en los oyentes, al grado que hacían derramar abundantes lágrimas, aumentar la devocion y que se arrepintiesen muchos pecadores, puede asegurarse que debió tener todas las cualidades necesarias para persuadir y mover: no sería un orador perfecto en toda la extension de la palabra; pero sí creemos que podrá aplicársele algo del *vir bonus peritus dicendi* de los antiguos.

La mayor parte de las poesías de Sartorio versa sobre asuntos sagrados, y el resto se refiere á diversos objetos profanos: gran parte de unas y otras son traducidas, principalmente del latin.

Cómo desgraciadamente el término medio en todas las cosas humanas es lo mas difícil de encontrar, sucedió con la literatura española, que del sistema exagerado y oscuro de Góngora y

sus sucesores, se pasó, en el siglo XVIII, no á la claridad y sencillez, sino al prosaísmo, de manera que la poesía degeneró en bajeza, flojedad y falta de armonía. D. Tomás Iriarte fué quien principalmente influyó en el establecimiento del prosaísmo debido al ascendiente que tenía entre los literatos de su época, ya por sus talentos, ya por otras circunstancias que no eran absolutamente literarias. Iriarte poseía todas las cualidades necesarias para sobresalir en los géneros templados, cómo lo dió á conocer principalmente en sus *fábulas*; mas carecia de ingenio para la poesía elevada, así es que no se encuentra en sus composiciones de esta clase, vuelo poético, viveza de afectos, gala en los adornos y, á veces, ni áun armonía en los sonidos. De todas maneras, fué tal su autoridad, que Samaniego llegó á decir:

En mis versos, Iriarte,
Yo no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo.....

Y como la literatura mexicana, ántes de la independencia, no fué generalmente en la forma más que un reflejo de la literatura española, resultó que así como Sor Juana Inés de la Cruz imitó á Góngora, de la misma manera Sartorio y otros poetas mexicanos de su época imitaron, ya que no precisamente á Iriarte, sí á los de su escuela, la cual procuraremos caracterizar en pocas palabras.

La poesía, segun explicamos en la Introduccion, es "la representacion sensible del bello ideal por medio de la palabra," y no "la imitacion servil de la naturaleza," la cual es hermoseada, perfeccionada por el poeta. Así, pues, quien comprenda el verdadero objeto del arte, tiene que separar de la naturaleza física ó moral lo que hay de feo, bajo, vulgar, innoble, defectuoso, y por el contrario, agregar cuanto conciba de bello, en armonía con el objeto de que se trate. El bello ideal se forma, pues, escogiendo y ocultando, quitando y añadiendo. De otra manera el imitador servil de la naturaleza á donde mas puede llegar es á presentar cuadros sin defectos notables; pero tambien sin

bellezas arrebatadoras; cuadros fieles y sencillos, pero monótonos y sin animacion.

En la escuela prosaica no se conoce el heroísmo de ninguna pasion sublime, porque el verdadero dominio de la poesía no es el mundo material, sino el espiritual, es decir, las ideas elevadas, las grandes pasiones, los sentimientos profundos; el esfuerzo de lo finito para expresar lo infinito. Cuando la poesía se ocupa en objetos materiales, áun los mas grandiosos, cómo los astros y el Océano, lo hace elevándose á su Creador, ó idealizando esos objetos, personificándolos, suponiéndoles cualidades de séres inteligentes. Tratar, pues, de objetos comunes, sean morales ó físicos, y tales como la naturaleza los presenta, es objeto de la prosa y no de la obra poética.

En cuanto á la forma, supuesto que la palabra es el instrumento de la poesía, debe usarse en armonía con el objeto del arte, es decir, la forma poética debe ser mas escogida que la forma prosaica. En efecto, la poesía tiene expresiones que le son peculiares, epítetos brillantes, comparaciones atrevidas, estilo figurado, y por último, cierta medida que produce armonía musical, cuya perfeccion no se puede encontrar en la prosa mejor combinada.

Ahora bien, los prosaicos pecaban unas veces en la forma, otras en lo esencial, y algunas en los dos elementos reunidos.

Esto supuesto, vamos á examinar algunas composiciones de Sartorio.

Para excitar á los fieles á la diligencia, dice:

No consintamos, no, que la pereza
Nos venga á dominar del sueño largo,
Sino largando el lecho con presteza
Dejemos la modorra y el letargo.

Largar el lecho. El verbo *largar* por dejar ó irse, se usa generalmente en tono familiar ó despreciativo, cómo cuando en una visita de confianza decimos *me largo*, ó cuando á un criado bribon se le dice *lárgate de mi casa.* Si el escritor usó el verbo *largar* porque quiso manifestar *prisa*, tampoco está bien,